

Evocación de una experiencia pedagógica universitaria

Rosa Licata*

Resumen

Respecto de la extensa e intensa labor pedagógica de Juan Adolfo Vázquez se rescata la experiencia de enseñanza-aprendizaje que dirigió en la Universidad Provincial de San Juan "Domingo Faustino Sarmiento" (Argentina), entre los años 1965 y 1966, dentro del Ciclo Básico de Humanidades. En un trabajo interdisciplinario las lecturas y el tratamiento de los temas entrecruzaban filosofía, historia, arte, religiones, geografía, economía y política. Fue una práctica de pensamiento, una práctica teórica, intersubjetiva, en interlocución con la historia que, al incluir la tradición judeo-cristiana con otras tradiciones, como las del cercano oriente, las orientales y americanas, abarcaba más de 30 siglos. A través de ella profesores y alumnos pudieron ver cómo el ser humano utiliza las nociones para poder vivir y le sirven y le han servido de hogar desde los más remotos siglos y lugares del mundo.

Palabras claves: Juan Adolfo Vázquez, experiencia pedagógica, interdisciplinariedad.

Abstract

Concerning the extensive and intensive pedagogical labor of Juan Adolfo Vázquez, this article highlights the teaching-learning experience he led at the "Domingo Faustino Sarmiento" Provincial University of San Juan (Argentina), in the years 1965 and 1966, in the Department of Humanities. In his interdisciplinary labor, the reading assignments and the treatment of the different topics interrelated the areas of philosophy, history, art, religions, geography, economy and politics. It constituted a practice in thinking, an inter-subjective theoretical practice in an interlocution with history which, by including the Judeo-Christian tradition together with others such as those of the Near East, the Orient, and Latin America, came to cover a span of over 30 centuries. Through this approach, both teachers and students were able to see how the human being uses these notions in order to exist, and how they have served as a home for humanity since the earliest of times and in the most remote sites in the world.

Key words: Juan Adolfo Vázquez, pedagogical experience, interdisciplinary.

* Profesora Titular en la Facultad de Educación Elemental y Especial de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. <rolicata@infovia.com.ar>

En este Homenaje queremos considerar al Dr. Juan Adolfo Vázquez como egresado de la Universidad Nacional de La Plata con su título de Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación.

La comprensión cabal de cualquier obra humana requiere el conocimiento de infinitos antecedentes y circunstancias. Es, por tanto, imposible.

De esta primera frase de *El Perfil de la Aventura*, su libro de 1963, se desprende que el acceso a la realidad es un intento de aproximación por lo que quedaría justificado este recorte que hacemos, desde una experiencia y una historia personal, para referirnos a su tarea llevada a cabo en la Universidad “Domingo Faustino Sarmiento”.

La educación entendida como formación para el ejercicio autónomo de la razón y la problemática de la enseñanza universitaria se conjugaron en el currículo que diseñó para el Ciclo Básico de la Universidad de la Provincia de San Juan.

Con más de 20 años de docencia encaró esta tarea como un nuevo desafío para la reforma de los estudios superiores. Anteriormente, en 1946, por pedido de las autoridades de la Universidad Nacional de Tucumán había hecho una propuesta semejante junto al Prof. Roger Labrousse¹.

En 1965, en San Juan, participé de su ensayo pedagógico que fue para mi enriquecedor, a tal punto que siempre consideré que aprendimos, (lo digo en plural porque formó parte de una opinión colectiva) en aquel año y en el siguiente, más que en toda la carrera universitaria.

El Ciclo Básico de Humanidades puso en funcionamiento un programa cuya finalidad era dar a conocer una historia social que se articulaba en torno a las grandes escrituras del acervo cultural de la humanidad y en la que Occidente era solo una parte. Frente a la diversidad de obras incluidas en esta propuesta, los profesores convocados nos sentíamos estudiantes, pues la especialidad que poseíamos era, a la vez, una gran limitación.

¹ Sobre esta experiencia se puede consultar *Nordeste. Revista de la Universidad Nacional del Nordeste*, Resistencia, 1962, N° 2.

Desde el punto de vista filosófico, el existencialismo con que nos manejábamos, significaba un punto de partida autárquico, que retomaba los supuestos del humanismo tradicional heredados del Renacimiento y la Antigüedad. La concepción antropológica de base era la que permitía comprender el sentido del resto de los conceptos que aparecían en las obras.

Esta línea de pensamiento se podía encontrar en representantes clásicos y modernos y, entre los más próximos, el Dr. Vázquez memora² a Carlos Vaz Ferreira y Pedro Henríquez Ureña, el movimiento humanista de la Universidad de Chicago que dio lugar al Bachillerato de los Cien Grandes Libros adoptado por el Saint John's College de Annapolis, los cursos de Introducción a la Civilización Contemporánea de la Universidad de Columbia inspirada en el pragmatismo de John Dewey. Lo que se continuaba de esos antecedentes era la importancia dada al contacto directo con las obras maestras para la formación general de los alumnos que, más allá de la profesión que adquiriesen, se esperaba que la experiencia de la lectura los transformara en seres dignos y ciudadanos responsables.

Las limitaciones de nuestra tradicional organización de las Facultades de Filosofía y Humanidades fueron puestas de relieve por el Dr. Vázquez y frente a ellas hizo su proyecto superador.

La primera tarea fue sustituir las inconexas introducciones a los diversos ramos de estudios humanísticos y su vetusta implementación a través de cátedras. En San Juan, el departamento era la unidad docente y el seminario la forma de trabajo entre alumnos y profesores. La importancia dada a la selección de lecturas no dejó al azar la elaboración y la combinación con otros ejercicios intelectuales, tanto orales como escritos.

La facultad comenzó a trabajar como un gran taller en cuyo funcionamiento de mañana y de tarde participaban igualmente alumnos y profesores de tiempo completo, ya fueran titulares o adjuntos. El programa de lecturas se hizo con el calendario del año lectivo a la vista.

El eje de los distintos temas quedaba a cargo del profesor especialista invitado que daba la orientación general del momento a través de un cursillo que

2 Cfr. Vázquez, Juan Adolfo (1966). *Guía Didáctica del Ciclo Básico de Humanidades*. San Juan, Universidad Provincial Domingo Faustino Sarmiento, p. VIII.

servía para los jóvenes y tanto más para los profesores. Esto significó una ventaja para nuestra capacitación profesional: se nos puso en situación de:

- asumir el tratamiento de obras aunque no pertenecieran a nuestra especialidad;
- considerar y valorar las otras disciplinas, y en modo destacado la historia, la del arte, de las religiones, la geografía, la economía y la política como indispensables para la ubicación de todo pensamiento incluida la filosofía.

El plan de obras abarcaba el Cercano Oriente, Oriente y luego Europa con su Antigüedad y Edad Media. El segundo año comenzaba con las primeras culturas de América y la Modernidad Europea hasta la Contemporaneidad. La condición de pedagogo del Profesor Vázquez se vio reflejada en el lugar que se les dio a los estudiantes; se cuidó de programar pensando en cuánto tiempo podrían cumplir con las obligaciones de lectura acordadas; contar con los libros, con los lugares para leer y la presencia de los profesores en la sala de lectura con el fin de que el acceso a los textos se pudiera realizar con algún apoyo inmediato. No se esperaba de los profesores catedráticas exposiciones sino que escucharan a los jóvenes en aquel momento. El peso del aprendizaje estaba en la lectura del clásico. Había que saber del autor como miembro de un determinado tiempo y comunidad.

Los especialistas en lenguas clásicas como Vicente Cicchitti, Claudio Soria y Antonio Benito Camarero abordaron temáticas del mundo grecolatino. Los profesores estables tenían la posibilidad de exponer un tema de preferencia o un cursillo a su elección. Todos, desde el Director en adelante, nos capacitábamos. La duda era siempre nuestro punto de partida y también, muchas veces, el de llegada. Lo interesante era que tanta duda se instalaba en la reflexión sobre nosotros mismos.

Para unir conocimientos y voluntades Vázquez organizó un Seminario de Didáctica de las Humanidades que tuvo lugar dos meses antes de comenzar las clases y que continuó con menor intensidad una vez que el curso se puso en marcha. El que los profesores debieran compartir y debatir lo que pensaban para emprender la tarea sumando esfuerzos, creo que fue un rasgo, si no totalmente logrado desde entonces, por mi siempre anhelado en el funcionamiento de los departamentos. A la distancia considero que aquel Ciclo Básico de San Juan era

pluralista. No había verdades, ni culturas modélicas; el tiempo histórico lo consideramos tanto pasado como futuro; la libertad y la dignidad humana eran vistas como metas de un proceso de civilización y nos servían de ideas reguladoras para la lectura de aquellos reconocidos textos.

La limitación que aun puedo señalar a aquella forma de encarar los escritos era el poco compromiso con la realidad social circundante; no veíamos los productos culturales como ideas y valoraciones concretizadas. Teníamos claro el reparto que se había hecho del mundo, pero habíamos resuelto hacer la descripción de las obras basados en “objetividad” y la puesta entre paréntesis de nosotros mismos.

Las exigencias sobre los alumnos fueron muchas; se suponía que todos podían responder a ellas; prevalecía el hacer las lecturas programadas. Por eso armábamos evaluaciones literales. Las llamábamos control de lectura y con ellas averiguábamos si habían leído la propuesta semanal. Cumplir con este requisito daba lugar a la promoción. Los que no la alcanzaban tenían posibilidad de presentarse a un coloquio final donde requeríamos que prepararan temas haciendo comparación de textos, cuestiones y culturas.

La experiencia duró dos años; un solo grupo de alumnos se benefició con el desarrollo completo de esta iniciativa que no se pudo evaluar en su totalidad, pues la interrumpió la intervención militar de Juan Carlos Onganía.

Fue una práctica de pensamiento, una práctica teórica, intersubjetiva irreplicable, en interlocución con la historia que, al incluir junto a la judeo-cristiana otras tradiciones como las del cercano oriente, las orientales y americanas, abarcaba más de 30 siglos. A través de ella pudimos ver cómo el hombre utiliza las nociones para poder vivir y le sirven y le han servido de hogar desde los más remotos siglos y lugares de este mundo.

La novedad en el contenido curricular posibilitaba una política pluralista en la que los que estaban dispuestos a pensar (los profesores) en lo que nadie ponía en consideración (el nuevo currículo) acercaban, sin modelo, ideas nuevas a los que se incorporaban a la Universidad.

Estábamos en aquella Universidad no solo para hablar sino para escuchar. No era lo más fácil, pues la formación había insistido en aprender a ser “decidores”.

Cuando afrontábamos la lectura de los clásicos, al no ser especialistas, dábamos nuestra contribución sabiendo que había otras que podían ser mejores. Aquel encuentro dio lugar a una forma de trabajo que se sustentaba en la aporía, en la pregunta. Era una forma de resistencia que, frente a lo hegemónico, producía interrogación y desocultamiento.

Los estudiantes del momento presente eran importantes como tales para integrar los grupos de seminarios. El gabinete psicopedagógico permitía el conocimiento de la situación que vivían, cuáles eran sus intereses y posibilidades de dedicación total a los estudios, y a la vez sacaba al equipo docente de la limitación tradicional de apreciar tan solo cómo iban a ser o pensar en un futuro.

Hoy no hablamos de pedagogía formativa y sostenemos que el profesor que trabaja para la emancipación no emancipa a los otros, trabaja para su propia emancipación y muestra, a cada cual, la posibilidad de hacer la suya. Esta posibilidad se realizó sin ser enunciada.

El Ciclo Básico fue la infancia novedosa, de una universidad que no se prolongó, porque se anuló esa primera organización y sus posibles derivaciones que hoy, después de un tiempo, podemos descubrir. Fue el intento de una experiencia transformadora de lo que éramos, sin importar la edad. A su alrededor nos ubicamos por dos años, en un territorio lleno de cuestiones.

Lo vivido en el Ciclo Básico quedó en mí como una reserva que permitió dinamizar el pensamiento y mantener viva la capacidad de ruptura. Me facilitó con respecto al saber y, más concretamente, a los alumnos, estar dispuesta ante lo inesperado, lo imprevisible, lo imposible. Como entonces, en el enseñar seguimos aprendiendo.